

Acerca del estado de inocencia

Me hago cruces. Sé de mucha gente que vive feliz sin haber leído jamás esta columna. El placer de la inocencia, naturalmente. Cuando yo tenía un solo libro para leer, era dichoso. Si alguien pretendía regalarme un libro, mi honestidad lo paralizaba: "¡Gracias, ya tengo uno!". Ese libro era "El ideal de un calavera", de Alberto Blest Gana, publicado por la Biblioteca Zig Zag. No tengo claro cómo había llegado la obra de Blest Gana a mis manos. De seguro, por error. La Editorial Zig Zag publicaba quincenalmente una novedad literaria en un económico volumen popular que hacía las veces, al mismo tiempo, de revista informativa de los acontecimientos internacionales de la cultura. En una de tales entregas conocí un poema de Romeo Murga. Me gustó. El poema se acompañaba de una pequeña nota biográfica de Murga. En estas ediciones lei luego "Las cucarachas", de Máximo Gorki, "El camarero", de Iván Chmelev, "Jadsu Murat", de León Tolstói, "Zalacaín el aventurero", de Pío Baroja, "Primavera mortal", de Lajos Zilahy. El nombre de este último aparecía escrito al revés. Se trataba de una gaffe. Y como la obra cobró enorme notoriedad, se hizo lugar común referirse al novelista Zilahy Lajos, algo así como hablar de Rojas Manuel por Manuel Rojas.

Pero no nos precipitemos. Volvamos al libro único. La felicidad estribaba en que la exigencia de lectura me traía de nuevo al mismo libro. Lejos de aburrirme, la relectura me hacía ver brotes nuevos en la expresión de Blest Gana. No me consideraba, entonces, ni lector, ni aficionado a la novela, ni bibliófilo, ni nada. Simplemente, propietario de un solo libro, me complacía leer.

Pero la serpiente había de acudir tarde o

temprano a la cita. La tentación acechaba (¿o asechaba?) sobre la hierba recién pintada, como hubiese escrito Huidobro. Valéry exhibe un poema con este nombre: "Esbozo de una serpiente". Cayó en mis manos, por azar, un libro acerca de la poesía moderna debido al R.P. Francisco Domínguez. Ya el daño estaba hecho. La seducción de los libros se había apoderado de mí. Con razón, Samuel Román Rojas, un tanto a medio filo, me llamó una noche por teléfono, muchísimos años después, para denunciar que "el gusano de la soberbia" había anidado en mi corazón. La desinteligencia con Román tenía su origen en que yo, andando el tiempo, me había desprecupado de exaltar con regularidad en mi prosa los méritos ascendentes del maestro. Por motivo semejante, se sabe, Rodin le tomó ojeriza a Paul Claudel. A falta de oportunidad para representarlo, se enojaba con la pobre hermana de Claudel. Hasta una película existe sobre el tema. En verdad, modesto, casi sencillo, nunca reproché a mi gran amigo escultor, a quien el pintor Petrucci calificó como el mejor de América, su desidia para immortalizar en la piedra mi persona.

"Todo no ha sido sino un torpe olvido, maestro Román", me excusé.

El maestro no perdonaba de buenas a primeras. Perdonaba de buenas a terceras.

Por suerte nos tutelábamos. Acabó por reconocer que los dos habíamos perdido el estado de inocencia. Es decir, que el "gusano

de la soberbia" anidaba por igual en ambos corazones.

Vi al R.P. Alfonso María Escudero en su monacal celda agustina a la hora de acostarse. Virtualmente se encaramó sobre una muralla de libros para hacer el depósito de su persona sobre el lecho. Los libros formaban infranqueables muros a su alrededor. Era feliz. Por lo menos aseguraba ser feliz. Amaba los libros. Los leía. Llegaba al extremo de escribirlos. En su celda monacal de la calle Valladolid, el poeta Pablo de Rokha, ya viudo, carecía literalmente de libros. Ni siquiera lo acompañaban los suyos, escritos y publicados en abundancia en grandes volúmenes, hoy del todo desaparecidos.

Pablo de Rokha no ofrecía explicaciones en torno a esta proposición práctica de ascetismo. En vista de la actitud nada ortodoxa que De Rokha había mostrado hacia los libros, sus detractores, que no eran escasos, aculaban la especie de que el poeta, cuando quería leer un libro, lo escribía.

En mi casa los libros bloquean, sinceramente hablando, todos los pasillos de circulación. No son libros extraordinarios. Son libros juntados a lo largo de una vida. Me fascina la idea de reconstituir a través del examen de cada uno de ellos los momentos esenciales que rodearon el proceso de su adquisición. En resumidas cuentas, otro libro. ¡No, por Dios!

Anoro el tiempo en que un solo libro me hacía dichoso.

La felicidad, a la postre, vive en perma-

nente rescilla con el conocimiento. Dicen que Fresia, la elefante, tuvo una muerte muy dulce. No es raro, nunca supo qué era ser elefante.

NUESTRO HOMBRE EN LA HABANA

Martín Cerdá, el crítico, el discípulo de Barthes, el analista de Goldmann, el escultista de Drieu La Rochelle, el vándalo de Lukács, fue llevado a La Habana, Cuba, para corregirle las secuelas neurológicas de una delicada intervención quirúrgica. No deja de llamar la atención el hecho de la presencia de Martín Cerdá en La Habana. Se sostiene que Cuba es el último baluarte del comunismo ortodoxo, y Martín Cerdá se halló lejos siempre de compartir la devoción de los comunistas ortodoxos por la herencia de Stalin. Sin embargo, en ese país, que dio origen con la misma doctrina de gobierno que sustenta ahora al buillado epíscopo del boom de la novela latinoamericana, se conservan y perfeccionan métodos de admirable tratamiento clínico moderno en sus hospitales.

He ahí la razón de que Martín Cerdá se encuentre en Cuba. Al aceptarse la petición de su visita y permanencia en la isla, nadie exigió a Cerdá previo certificado de cura ideológica. Quié bueno es comprobar que no hay una medicina de izquierda y otra de derecha.

• Filebo

Acerca del estado de inocencia [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Acerca del estado de inocencia [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile